

en el pueblo, y llegaban los cristinos; el comandante de la guardia vió el peligro en que se encontraba y no permitió á sus soldados que dejasen las armas, pero no sabiendo de quien recibir órdenes, y viendo ademias que no habia otra tropa que le sostuviese, y que los cristinos se acercaban en gran número, abandonó el puesto, y pasando el canal se atrincheró detras de una pared, desde la cual hizo un fuego vivísimo que contuvo un poco á los cristinos. Al ruido del fuego llegaron por detras del pueblo Elío y Villareal y mandaron á la guardia que se retirase, lo cual verificó sin obstáculo hasta el fuerte de Urdax. Allí formó Villareal la guardia, y continuó el fuego hasta que se presentaron los cristinos con bastante fuerza, sobre todo de caballería. La guardia continuó su retirada, y habiendo formado en batallá cerca del puente, permaneció allí hasta que pasaron todos, y entonces Villareal mandó que continuase su marcha hasta el puente.

Don Carlos y su familia entraron en Francia el 14 de setiembre de 1839.

CAPITULO III.

La insurreccion de los batallones 5.º y 12.º de Navarra en el mes de agosto último, hizo una gran sensacion en las provincias, y los diferentes partidos que trabajaban para la destruccion de la causa carlista, se han apoderado de esta circunstancia, valiéndose de ella para disculpar sus actos, y aun el abandono de las provincias por D. Carlos. Es, pues, muy importante restablecer los hechos como fueron en sí, y presentar bajo su verdadero punto de vista el origen, progresos y fin de aquel levantamiento. Esta fiel narracion ofrecerá una página muy im-

portante para la historia, y probará hasta la evidencia la esclavitud en que tuvieron á don Carlos sus supuestos amigos, y el estado de exasperacion en que esta persuasion, y las maniobras de los marotistas, pusieron á la parte fiel del ejército.

Las últimas palabras de D. Carlos al separarse de Arias Tejeiro fueron, como hemos dicho, las siguientes: «Mis actos son fruto de la violencia, te lo aseguro bajo mi palabra. Informa á Cabrera y al conde de España de lo que ha pasado aquí; diles que no estoy libre, y si puedes ir á reunirte con ellos será lo mejor de todo.»

Estas palabras, profundamente grabadas en el corazón de los ministros desterrados y de sus amigos, se consideraban como una orden para librar á su soberano del tiránico yugo que se le habia impuesto, esta orden era muy sagrada para ellos, y resolvieron hacer cuanto estuviese de su parte para cumplirla.

Con este objeto sus fieles y afectos vasallos obispo de Leon, D. Juan Echeverría, D. Basilio Garcia, D. José Lamas Pardo y otros varios, establecieron su residencia cerca de la frontera, á fin de vigilar los movimientos de Maroto y sus agentes, y dar á D. Carlos oportunas noticias de todo cuanto se fraguase contra su persona ó su causa.

No tardaron en adquirir la certeza de que existia una correspondencia secreta entre las per-

sonas que rodeaban á D. Carlos, y una comision establecida en Paris para la realizacion de un plan, cuyo resultado debia ser la abdicacion de D. Carlos en favor de su hijo primogénito (17). La inteligencia entre Espartero y Maroto, que hacia ya tiempo que sospechaban, quedó tambien demostrada para ellos de una manera que no admitia la menor duda.

Estas advertencias enviadas á una persona segura se presentaron á don Carlos, y su respuesta confirmó todos los temores, pues se vió que estaba en una posicion tal que no le era posible tomar aquellas medidas que reclamaba el estado de los negocios. En semejante situacion ¿qué habian de hacer los desterrados? Dirigirse al ejército y al pueblo, escitar á los fieles vascongados y navarros á que se reuniesen alrededor de su rey y le arrancasen de las manos de los que se habian conjurado para perder á todos. Con este objeto se publicaron y circularon por las provincias diversos documentos.

La opresion en que se hallaba don Carlos y la vigilancia que sobre él ejercian los que le rodeaban, se patentiza por el hecho siguiente. Apenas llegaron á noticia del príncipe los partidarios menores de las maniobras secretas de Maroto y de los transaccionistas, cuando lo supieron los gefes de este partido, y dirigieron por el ministro de la guerra y Ramirez de la Piscina, á los desterrados que residian junto á la frontera de Francia, una orden que decia asi:

Secretaría de estado y del despacho de la guerra.

«Es la voluntad del rey N. S. que se separe vd. de las fronteras de España, fijando su residencia en lo interior de Francia ó en otro país, hasta que la real clemencia se digne concederle permiso para volver á entrar en su patria. De real orden lo digo á vd. previniéndole que S. M. me ha mandado le haga saber que por el solo hecho de la falta de obediencia, quedará vd. privado de todos los empleos, honores y condecoraciones que debe á su soberana munificencia.

«Dios guarde á vd. muchos años. Cuartel real de Oñate 20 de julio de 1839.

Montenegro.

Como esta medida arbitraria exaltó hasta el mas alto grado la indignacion de los desterrados, algunos de ellos dirigieron á los ministros respuestas escritas con dignidad, acusándolos de obrar contra los intereses del soberano á quien habian jurado servir, y ninguno obedeció dicha orden, que no creían emanada de don Carlos.

Poco tiempo despues, cayó en manos de los desterrados un documento muy importante, á saber, una copia de los convenios celebrados entre Maroto y Espartero, para que este entrase en las provincias y se apoderase de la persona de don Carlos. Este documento fué presentado

al mismo don Carlos, asi como una proclama que circulaba por las provincias, y si bien la respuesta secreta que dió á la persona que servía de intermedio entre él y los desterrados fué muy satisfactoria, el príncipe, ó mas bien los ministros en su nombre, publicaron contra ellos una proclama en que les acusau de estar de acuerdo con los cristinos y de favorecer los intereses de la revolucion.

A vista de actos tan contradictorios, ¿qué debian pensar los desterrados y cuál habia de ser su conducta? Cuando estaba demostrado con una espantosa evidencia que don Carlos y su causa eran arrebatados á pasos gigantescos hácia una ruina segura, ¿podian creer que aquel príncipe, negándose á la evidencia, se colocase de parte de sus enemigos que trabajaban con actividad y sangre fria para arruinarle, contra sus vasallos mas fieles, mas afectos y cuyo único fin y deseo era el de salvarle? No. La única conclusion á que podian conducirles todas sus reflexiones, era que don Carlos no tenia libertad para obrar sino que estaba como prisionero.

Los sucesos se han encargado de justificar á los desterrados, y lo que ha pasado en las provincias en los meses de agosto y setiembre prueba que habian juzgado bien de los hombres y de las cosas.

Los escritos publicados por los desterrados, la entrada de Espartero en las provincias, el

abandonó en que Maroto dejó à Tarragual, y algunos valientes batallones sacrificados en la supuesta defensa de Ramales, exasperaron los espíritus del pueblo y del ejército de Navarra; una diputacion de ese mismo ejército pasó la frontera y vino á consultar á los desterrados acerca de las medidas que convendria tomar para evitar la destruccion total de la causa y salvar la persona de don Carlos. Despues de largas deliberaciones, se escribieron cartas á los diversos comandantes de los batallones navarros, en las que se les preguntaba, si estaban firmes en su resolucion de unirse para salvar al rey, á la religion y al pais. Apenas llegaron estas cartas á sus destinos cuando el 5.º batallón se sublevó y se dirigió á Vera.

Es un hecho positivo que los desterrados no tuvieron noticia de la insurreccion de este batallón hasta despues que la habia verificado, y emprendido la marcha para Vera, pues su proyecto era no emprender cosa alguna hasta estar seguros de la cooperacion de todo el ejército navarro. En cuanto á la voluntad de don Carlos la tenian sobradamente conocida. Mucho contrarió á don Juan Echevarría el paso dado por aquel batallón, y á fin de impedir que su precipitacion perjudicase al plan proyectado, y de evitar las desgracias que podrían ocurrir si aquellas tropas quedasen entregadas á sí mismas en un momento tan critico, se decidió á acercarse á las fronteras, pero al mismo tiem-

po resolvió no hacer cosa alguna sin orden de don Carlos. Al llegar á la frontera publicó la siguiente proclama.

Navarros y habitantes de las provincias vascongadas.

«Seis años de desolacion y de muerte que pesan sobre vuestro desdichado pais, han debido probar al mundo entero que vuestra gloriosa insurreccion, vuestra constancia y vuestros sacrificios, tenían por objeto el triunfo de la religion, de la monarquia pura (*) de nuestro legitimo soberano don Carlos V, y de vuestros fueros; mas la revolucion que hace ya tiempo conoce la impotencia de sus armas, ha visto la necesidad que tenia de introducir sus agentes y sicarios en las filas de la lealtad, y en los puestos mas eminentes del Estado. Sus maquinaciones, sus intrigas, sus planes secretos, han tenido siempre por objeto reduciros á la inaccion y paralizar todas las operaciones que hubieran podido producir el triunfo de la legitimidad y la pronta terminacion de la guerra.

«Testigos habeis sido de todo lo que se ha intentado para que las armas de S. M. no saliesen del limitado territorio de estas fieles pro-

(*) ¡Y esto lo dice un navarro! Mal se aviene la monarquia pura con los fueros del reino de Navarra.

vincias, á fin de eternizar la guerra, introducir en el pais el hambre y la miseria, y llegar á un desenlace para el cual los agentes de la revolucion han trabajado sin descanso.

« Este plan ha sufrido diferentes modificaciones, pero su tendencia ha sido siempre hácia el mismo objeto: *que no reine Carlos V, que renuncie á sus derechos, que gobierne una regencia por cierto número de años, y que sus individuos se elijan, como es justo, entre los enemigos declarados de Navarra y de las provincias.*

« El rey ha rechazado constantemente las tentativas que se han hecho con él de una manera indirecta para hacerle adoptar este horrible proyecto, porque conocia sus funestas consecuencias, de las cuales hubiera sido la primera *la declaracion de nulidad de todo cuanto se hubiese hecho por su orden, y la abolicion de todos vuestros fueros.* (*) Hallábase entonces rodeado de vasallos fieles que le alentaban en tan justas resoluciones, y de generales que sabian

(*) El empeño con que en todos los documentos carlistas se habla á las provincias de la conservacion de sus fueros, demuestra claramente que esta idea tenia gran parte en el entusiasmo con que combatian aquellos habitantes, por mas que el autor diga falsamente lo contrario en varios parages de su obra, y el resultado del reconocimiento de los fueros, confirma, como hemos dicho ya, más y más esta asercion, poniéndola fuera de toda duda.

hacerlas respetar, pero los agentes de la revolucion no han encontrado medio mas espedito de libertarse de aquellos hombres, cuya adhesion y afecto eran á toda prueba, que el de mandarlos fusilar.

« Seis meses de oscuras intrigas y de incessantes ataques han conseguido al fin violentar la voluntad soberana, y desde aquel tiempo la guerra derrama mas que nunca sus furores sobre vuestro territorio. A vosotros, vascongados y navarros, está reservada la gloria de salvar á vuestro rey, á su causa, y á vuestro propio pais. Un momento basta; corred, que en esta empresa no os abandonarán vuestros gefes.»

Aquel mismo dia publicó el general Zariategui otra proclama que decia asi:

« Bastaneses: En el momento en que nos preparábamos á castigar noblemente con las armas á los que, con la antorcha incendiaria en la mano, despojan de sus cosechas las fértiles llanuras de la Solana, para hacer despues otro tanto con vosotros, algunos miserables voluntarios, seducidos por un cobarde, han desertado de las filas de la lealtad y del campo de la gloria, para cubrirse con la ignominia y vergüenza de los traidores. A vosotros, padres y hermanos de los soldados seducidos toca destruir su error; la patria lo exige, el rey os mira, y un compatriota que tantas veces ha participado de los peligros y de la gloria de esos mismos voluntarios, os hace esta llamada, y ofrece un

completo olvido de todo á los estraviados, no porque necesitemos su presencia para contener y castigar á los revolucionarios, sino para evitar este disgusto á nuestro muy amado soberano, y para que toda Europa, que admira nuestros hechos extraordinarios, no nos confunda con los mercenarios que pelean por oficio.

«Dios y el rey fué siempre nuestra divisa; por Dios y por el rey sabremos triunfar ó morir.

«Cuartel general de Etulain 9 de agosto de 1839.

Zariategui.

Don Juan Echeverría permaneció en la frontera extrema de Francia desde el 9 de agosto por la tarde hasta el 12, y sabiendo entonces la aproximación de don Carlos entró en España para recibir sus órdenes.

El día siguiente llegó á Vera el cura de Lesaca que llevaba el encargo de invitar á don Juan de parte de don Carlos á que pasase á Lesaca para tener una conferencia con él. Don Juan obedeció y se puso en camino, acompañándole únicamente el cura que había venido á buscarle. En esta ocasión tuvieron una nueva prueba del interés que Montenegro y algunos otros de los que rodeaban á don Carlos tenían en impedir que supiese lo que se tramaba contra él, pues habiendo tenido noticia del objeto que llevaba el cura de Lesaca, mandaron ocupar el puente que hay sobre el Bidasoa entre

Lesaca y Vera por una compañía del 7.º batallón, con órden de no dejar pasar á don Juan; pero como el sol calentaba extraordinariamente, caminaron don Juan y el cura por algunas sendas fuera de camino, en que había alguna sombra, y á esta circunstancia debieron el poder llegar á Lesaca. Don Carlos recibió á don Juan de la manera mas afectuosa, y su conferencia duró cerca de dos horas.

En ella rogó don Juan á don Carlos que se pusiese á la cabeza de los batallones insurreccionados, y se librase por este medio de las manos que le oprimian. Respondióle don Carlos que habiendo quedado su familia en Goizueta, no se atrevia á emprender nada por temor de que no estuviese segura, y que creía mas prudente que don Juan se volviese á Francia, á esperar un momento mas favorable, y los batallones regresasen á sus acantonamientos.

Mientras don Juan Echeverría estaba en Lesaca al lado de don Carlos, Elío se aprovechó de su ausencia para enviar á Vera al P. Guillermo, á fin de que procurase que el batallón 5.º volviese á la obediencia. El fraile arengó á los soldados diciéndoles que el rey estaba completamente libre y mandaba que entregasen las armas, en cuyo caso se les concedería un perdón general. Los oficiales y sargentos se reunieron, y uno de ellos respondió en nombre del batallón de este modo: «No queremos pensar mal de las intenciones de Elío, á quien tenemos por

hombre de honor, y otro tanto decimos de vd., individuo de la iglesia; pero si vds. son incapaces de decir una falsedad, nosotros lo somos tambien de faltar á una palabra dada. Prometemos á vd. que entregaremos las armas siempre que el rey vaya á Estella sin otra escolta que la nuestra; al llegar á aquel punto, nos someteremos gustosos á su soberana voluntad, manifestada por él solo. De lo contrario previnimos á vd. que bien pueden los que mandan lanzar decretos y proclamas firmados de la real mano, que nosotros los consideraremos siempre como nulos y arrancados por la violencia.» Oida esta respuesta volvió el fraile á dar noticia de todo á Elío.

Al regresar don Juan á Vera manifestó á los voluntarios los deseos de don Carlos, y les anunció su intencion de volverse á Francia, pero apenas le dejaron tiempo para acabar, esclamando todos los que se habian levantado para libertar al rey y salvar su causa, que querian otros conducir á la ruina, y que estando decididos á llevar á cabo su objeto, no permitirian á don Juan que los abandonase. Entonces consintió éste en permanecer allí y trató de restablecer entre ellos el orden.

Viendo el general Elío que las tropas con que se habia aproximado á Vera parecian dispuestas á fraternizar con los insurreccionados, envió un espreso á Zariatégui, pidiéndole refuerzos, mas la respuesta de éste, que fué intercep-

tada por el comandante del 5.º batallon, y cuya copia sigue, prueba cuales eran las disposiciones de los batallones navarros.

Etulain 12 de agosto de 1839.

«He recibido la carta que vd. me ha dirigido, é inmediatamente he reunido los gefes de los batallones 2.º, 3.º y 10.º y el de Ripalda; todos dicen que tienen la mas completa confianza en sus oficiales, y que por consiguiente pueden contar con sus soldados, pero lleva uno ya dos peardos y si la cosa va en aumento, llevaremos doscientos en este asunto; asi es que, á pesar de sus protestas, no me atrevo á enviar un batallon, para no complicar mi propia situacion y la de ahí. Voy á ver si será posible enviar dos compañías del 7.º con municiones y artilleria, y daré las instrucciones convenientes para que el convoy no caiga en malas manos.

«No se què decir ni què escribir. Adios.»
Mande vd. á su afectísimo

Juan Antonio Zariatégui.

El 17 publicó don Juan Echevarría la siguiente proclama.

«Voluntarios, heróicos pueblos de Navarra y de las provincias vascongadas:

«El velo que ocultaba á vuestros ojos el vasto plan de perfidia tramado por la revolucion para envolveros en un caos de interminables desgracias, acaba por fin de rasgarse. Ha-

beis visto caer por el plomo fratricida á vuestros mejores generales, á los mas firmes baluartes de la restauracion, y á un monstruo tan feroz como brutal, tan estúpido como atrevido ponerse á la cabeza de un puñado de asesinos, matar, desterrar, y lo que es peor, deshonrar, aplicándoles el dictado de traidores, á los héroes en quien reposaban todas las esperanzas del rey y de la patria; habeis visto á ese cobarde precipitarse sobre el mejor de los reyes, sobre el virtuoso Carlos; ultrajarle y degradarle á la faz de las naciones que antes contemplaban con admiracion vuestras marciales virtudes. Leed, voluntarios y pueblos, leed esa infame carta dirigida á nuestro buen rey por el que mandaba la turba de los asesinos (18) esa carta publicada por él mismo para que pasase á la posteridad por un monumento eterno de su barbarie y del mayor insulto que jamás se ha hecho á la dignidad real. ¡Leed igualmente el primer acto escandaloso del gobierno de esos hombres que á fuerza de crímenes se han apoderado del mando, acto que se halla consignado en el decreto que declara revestido de la plenitud de todas las atribuciones á un vasallo que acaba de degradar á su rey! Voluntarios y pueblos vascongados-navarros, habeis visto todo eso, pero ignorais todavía que esos hombres indignos, sin escuchar mas que á un interés, acaban de contratar la venta de vuestro rey, la vuestra, la abolición de vuestros fueros, el in-

cenio de vuestros hogares y de vuestros campos, la eterna esclavitud de vuestros descendientes, la ruina de la patria y la desolacion del santuario. ¡Miserables! ¡Con qué placer disfrutarian en un pais extranjero de las mezquinas pensiones, que han aceptado por premio de la entrega de objetos tan sagrados y queridos en manos de sus enemigos!

« Voluntarios y pueblos: si la sorpresa producida por tamaños atentados ha podido deteneros por algun tiempo, ha llegado el dia de que se manifieste el valor que inflama vuestros nobles corazones, no pára matar ilegalmente, lo cual solo conviene á cobardes asesinos, sino para salvar del mayor peligro una causa tan santa, y por la cual se han hecho tantos sacrificios; porque es preciso que lo sepais, voluntarios y pueblos; estamos en peligro de perder la recompensa debida á vuestro valor y fidelidad, y á mirar envuelto para siempre en el olvido vuestro heroismo incomparable.

« Voluntarios y pueblos: se han llevado á Lesaca á nuestro muy amado monarca, pero rodeado de los marotistas mas desenfundados, de todos aquellos que mas abiertamente han tomado parte en la conjuracion; no le han permitido que os vea, ni han querido que vuestros jefes le hablen, sin duda para daros una prueba mas de la esclavitud á que le tienen reducido, y obligarle á firmar la abdicacion de sus derechos imprescriptibles, único crimen que les falta come-

ter para entrar á gozar de las pensiones que se les han asegurado en pais extranjero. Mas vosotros no permitireis que recojan el fruto de su infamia, pues sino desisten de su abominable proyecto, les hareis morir en el suelo mismo que han manchado con tantos crímenes y atrocidades.

«Vengan á nosotros los que hasta ahora han estado alucinados ó seducidos á fuerza de intrigas, seguros de que serán recibidos como hermanos. Unámonos todos para romper las cadenas que tienen preso á nuestro muy amado monarca; lavemos la mancha impresa sobre su trono por esos hombres desleales y pérfidos; marchemos identificados con nuestros principios por el sendero del deber, por el camino que el rey mismo nos trazó en Portugal, y persistamos en nuestra gloriosa empresa hasta que hayamos asegurado su triunfo, y visto lucir el gran día de la restauracion española.»

«Vera 17 de agosto de 1839.»

Por una coincidencia singular, siempre que D. Juan publicaba un documento cualquiera, aparecia otro de la parte opuesta, como para servirle de correctivo. Asi es que el mismo 17, día que se publicó la proclama de D. Juan, hizo Montenegro circular otra, y es notable el cuidado con que en dicho documento evita decir que D. Juan vino á Lesaca, por orden expresa de D. Carlos, circunstancia que no podía

ignorar Montenegro, pues la conferencia habia durado dos horas, durante las cuales á nadie se permitió entrar en el real aposento, y ademas porque él mismo hizo cuanto pudo para impedir que la entrevista se verificase.

La proclama publicada por Montenegro decia asi:

«Boletin del cuartel real 17 de agosto de 1839.—Secretaría de estado y del despacho de la guerra.

«Las primeras noticias recibidas por el rey acerca de los desagradables acontecimientos del 6.º batallon de Navarra, bastaron para que se pusiese en marcha hácia Vera, punto á que se habian dirigido los insurgentes. Despues de haber tenido una conferencia con el comandante general de Navarra, se enviaron á dicho punto varias personas de confianza y de un caracter respetable, entre ellas el cura de Lesaca, para que hablasen á los oficiales y soldados, á fin de inducirlos á que renunciassen á una empresa que atraeria males sin cuento sobre su pais, su religion, y una causa por la cual se ha derramado ya tanta sangre. No habiendo producido ningun resultado favorable estas paternales demostraciones, se envió una real orden al jefe de los sublevados, mandándole que pasase inmediatamente á Sumbilla, donde recibiria de su comandante general las órdenes que S. M. le habia comunicado; pero la respuesta dió á conocer el grado de perversidad á que descienden los que habiën-

dose desviado una vez de la senda del deber, no siguen ya otro impulso que el de sus pasiones, pues dicha respuesta se reducía á eludir la obediencia debida á esta orden bajo diversos pretextos especiosos.

Hallábanse las cosas en este estado, cuando el presbítero D. Juan Echeverría se presentó en Lesaca, acompañado por el cura de dicha villa, y despues de una conferencia con S. M. declaró que los refugiados de Vera estaban dispuestos á someterse á la voluntad soberana. Esta palabra dada por un ministro del altar, no dejó duda de su cumplimiento, y se creyó que los rebeldes pasarían al punto que se les habia designado, pero no ha sucedido así, y su desobediencia ha llegado al mas alto punto. S. M., que sin comprometer su real dignidad, no podia ver con indiferencia esta iusubordinacion y falta de respeto á sus órdenes soberanas, mandó al comandante general de Navarra que reuniese las fuerzas necesarias para reducir con las armas á los que ciegos y faltando al amor que deben á su real persona, llenaban de amargura su paternal corazón. Con este motivo, y para que los leales habitantes de estas provincias y de este reino fiel, su valiente ejército y la Europa entera, sepan la marcha que se ha seguido en un negocio tan delicado, ha dirigido S. M. á su ejército la siguiente alocucion.

« Voluntarios: La insurreccion del 5.º batallon de Navarra en un momento en que se ha-

llaba al frente del enemigo, dispuesto á invadir nuestro territorio, ha llamado mi soberana atencion, y queriendo cortar el mal en su raiz, he dejado otros negocios no menos graves, y he venido aqui para invitarles á que desistiesen de su temeraria empresa, volviesen á las filas de este valiente ejército, y continuasen dando dias de gloria á nuestra causa. Las paternales exhortaciones de personas respetables, y que merecen toda mi confianza, no han bastado para hacerles entrar en el sendero del honor y del deber; y no permitiéndome mi dignidad soberana que deje impune un atentado tan criminal, he resuelto hacer uso de la fuerza, puesto que la dulzura no ha producido resultado alguno.

« Voluntarios: testigos habeis sido de mis esfuerzos para hacer volver á vuestras filas á ese puñado de estraviados que abusando de todo lo mas sagrado, y hasta de nuestra santa religion, clavan un puñal homicida en el seno de nuestra muy amada patria. Conociendo bien la decision y lealtad que os distinguen, espero que dareis una nueva prueba de amor á vuestro rey, y contribuireis con vuestras armas á esterminar ese germen de insubordinacion cobarde y de vil traicion. Eso es lo que espera de vosotros vuestro rey y general.

Carlos.

El 23 de agosto pasó la frontera y vino á Vera el general D. Basilio García, y encontró

los batallones en un estado de estremada irritacion, causada por la rápida marcha de Espartero en las provincias. El dia siguiente le enviaron una diputacion, pidiéndole que se pusiese á su cabeza, mas el general no se prestó á ello, diciendo que no podia hacerlo sin una orden del rey, á quien escribió con este objeto (19).

El 26 recibió D. Juan Echeverría una carta de Maroto, cuya copia vá á continuacion, y en la qual no repara este en decir que no tiene otros principios que los de «rey, religion, y en particular el bienestar de estas provincias», y estando Espartero en Durango, añade «que no es posible resistir al enemigo, sino hay union entre los carlistas.» El objeto de esta carta no podia ser otro que el de atraer á D. Juan para apoderarse de su persona. La carta decia así:

«Sr. D. Juan Echeverría:

«Muy señor mio: mucho me sorprende que sea vd. quien dé el golpe mortal á la causa del rey con la sublevacion del 5.º de Navarra y demas. Reflexione, arrepiéntase y desista de tan temerario empeño, en la firme inteligencia de que jamás se hallarán en mí otros principios que los de rey, religion, y en particular el bienestar de estas provincias, como espero probar algun dia. Si le fuere á vd. posible seria conveniente que nos viésemos para conferenciar jun-

tos. El enemigo invade el pais con fuerzas numerosas; sino hay union, será imposible resistirle, y vd. y los que le acompañan serán los únicos culpables de las desgracias que nos sucedan por no hacer caso de esta noble y franca invitacion.

«Soy de vd. afectísimo y seguro servidor etc.

Rafael Maroto.

«Elorrio 23 de agosto de 1839.»

La respuesta de don Juan fue la que debia esperarse de un leal carlista, y de un valiente navarro, y estaba concebida en estos términos.

«Sr. D. Rafael Maroto:

«Quien da el golpe mortal á la causa del rey, á la religion y á las provincias, es vd.; el traidor, el asesino, el enemigo declarado del uno y de las otras. Hablen por nosotros los sucesos: ¿quién fué el autor de los asesinatos de Estella? ¿quién obligó al rey con un puñal á la garganta, á firmar el contradecreto? ¿quién ha vendido y entregado á Ramales, Guardamino, Balmaseda, Orduña, Urquiola y Durango? ¿quién ha perseguido á muerte á todos los fieles partidarios del rey y de su causa?»

«Jamás me uniré con asesinos y traidores como vd. Con menos tropas y recursos hemos podido siempre contrarrestar al enemigo, é impedirle que invada el pais: ahora han atrave-